

Carta de Nueva York

Rafael Guastavino: un arquitecto español en Nueva York

José Antonio de Ory

«La ciudad vista desde el Puente de Queensboro es siempre la ciudad vista por primera vez», escribe Scott Fitzgerald en *El gran Gatsby*. El *Queensboro Bridge* es el mismo Puente de la Calle 59 al que, años más tarde, Simon y Garfunkel dedicarán una de sus más famosas canciones, esa que dice

*Hello lamppost
What cha knowing?
I've come to watch your flowers growing.
Ain't cha got no rymes for me?
Dootin' doo-doo
Feelin' groovy.*

El puente de la calle 59 fue abierto al tránsito en 1909, tras varios años de construcción envuelta en la polémica, y sirvió para acercar Queens a Manhattan y en última instancia para promover el crecimiento urbanístico del hasta entonces lejano barrio. Hoy, cientos de miles de personas van y vienen cada día de uno a otro lado. Ese mismo año se construyó en los bajos de la parte de Manhattan uno de esos mercados de los de antes en que se vendían frutas, pescado, carne, pollos...: *Bridgemarket*, una maravilla de superficie al aire libre con techo de bóvedas curvas sostenidas por columnas de más de 13 metros, unas y otras construidas en baldosas blancas.

Tras el cierre del mercado en la década de los 30, esos bajos pasaron a ser usados como taller de pintura de señales de tráfico para la ciudad y más tarde como simple almacén. Su aspecto de catacumbas estaba muy en consonancia con el del resto del perímetro marítimo de la isla de Manhattan, hasta hace poco abandonado y decadente. Hay sin embargo en los últimos años una imparable tendencia a su recuperación urbanística, que ha visto por ahora la bonita y cursi reconstrucción para turistas del *South Street Seaport*, la construcción de una orla para patinadores y ciclistas por todo el sur de la isla y de un inmenso complejo deportivo en los *Piers* de Chelsea y el,

como es habitual, mastodóntico proyecto de Donald Trump en lo que antes se llamaba *Riverside South* y él ha dado en llamar ahora simplemente *Trump Place*.

Al antiguo mercado del puente de la calle 59 le ha llegado también su hora. Un diseñador de interiores británico muy de moda por sus restaurantes en Londres y París, Sir Terence Conran, una empresa promotora norteamericana que apropiadamente se llama *Bridgemarket Associates* y una firma de arquitectos se acaban de gastar 24 millones de dólares en recuperarlo y embellecerlo. De lo que eran almacenes abandonados y repletos de desechos han sacado una tienda de diseño, un elegantísimo supermercado y un restaurante que, como era de esperar tratándose de Conran, se ha puesto inmediatamente de moda: *Guastavino*. La restauración ha intentado respetar el carácter del edificio y, sobre todo, no entorpecer la impresionante perspectiva, casi de iglesia mediterránea, de su techo abovedado. Lo que realmente se ha logrado en el supermercado (nada de estantes demasiado altos ni de carteles señalando qué hay en cada pasillo), pero no en el restaurante: un segundo piso no era la mejor opción para que se pudiese contemplar y apreciar el techo.

Déjenme decirles que *Guastavino* me parece excesivamente caro (todos los restaurantes de moda en Nueva York lo son, de cualquier manera) y la comida muy normalita para su precio (parece ser que en los restaurantes de Sir Terence la comida es secundaria: lo fundamental es el diseño). O sea que ni lo recomiendo ni, mucho menos, le estoy haciendo publicidad. Si les hablo de él en esta carta es porque su nombre tiene mucho que ver con la historia del antiguo mercado y, de paso, con España.

A este tipo de superficies abovedadas de que les hablo se les llama en Estados Unidos *Guastavino vaults*. La razón es que fue el arquitecto español Rafael Guastavino y Moreno quien las trajo y las popularizó. La *bóveda Guastavino* es la bóveda tabicada utilizada en España, en Cataluña y Extremadura sobre todo, desde hace siglos. Constan muestras de su uso desde el siglo XV, y en el XVII Fray Lorenzo de San Nicolás describe con todo detalle su técnica de construcción en su *Arte y uso de Arquitectura*. Se trata de una bóveda en fábrica de ladrillo cuya principal característica es que no necesita de cimbra, lo que hace que resulte mucho más sencilla y barata de construir. Su técnica consiste en utilizar capas de finas baldosas tabicadas por medio de un cemento tremendamente adhesivo. Con ello se consigue crear superficies curvas muy fuertes y estables aunque ligeras a la vez, lo que las hace idóneas para cubrir fácilmente superficies grandes. Son además muy resistente, al fuego y estéticamente muy atractivas. Con el